

Pedro, Cristina y Santiago

Todos los cuentos comienzan con ‘Había una vez’. Lo cierto es que historias como estas se repiten sin vacilar. Esta es la historia —simple y siniestra— de un niño que quería sonreír cada mañana. Pero, dos cosas: Pedro es transgénero, y una silla de ruedas es su compañera de ruta desde que tiene uso de razón. Sin más preámbulos, a sus diecisiete años no sabe qué es peor. Aunque vivir en un cuerpo que no le pertenece, le quita aún más los pocos sueños que visiona entre sollozos y pesares. Si tan solo con imaginarse que la llamaran Cristina, la mirada inquisidora de su abuela Marta, aniquilaba cualquier posibilidad incipiente de revelación.

A la abuela de Pedro José —como ella le dice—, siempre le pareció que su nieto era medio raro. Cualquier signo de confesión le causaba jaqueca, y sentimientos oscuros aparecían sin aviso. Sentía como el infierno llamara a la puerta de su departamento en Providencia. Venía la fiebre.

A veces con una mirada, Pedro le pedía a su hermana menor, Virginia, que lo vistiera con su ropa. Secreto a voces. Envuelto en telas de algodón y lino, más que una niñería, florecía un deseo más profundo. En sus sueños se llamaba Cristina, como su madre que murió en un accidente cuando tenía cuatro años. Esas fantasías donde corría con el pelo al viento, entre delicados chubascos en la parcela del Lago Ranco. En esos parajes, su cuerpo no correspondía a lo que veía en el espejo de su pieza al despertar.

O en el espejo del baño, cuando su abuela lo ayudaba a salir de la tina junto a la Inés, su nana de toda la vida, y cómplice silenciosa del andar en esa silla a punta de tacón.

En un mes Pedro cumplirá dieciocho. Y se apronta con melancolía a observar por el resto de su vida, cómo pasan los años hasta envejecer. Solo. Sola. Mirando la lámpara colgante que le regalaron unos tíos para su cumpleaños, observa el techo de su cuarto sagradamente cada noche, y se pregunta si al morir podría ser una reina en el cielo. Tan luminosa como las estrellas. No importa si aún necesita la silla. Pero tal vez sería un lugar mejor.

Cuando la Inés se ponía a cocinar a las doce del día, veía su teleserie favorita. Allí, un personaje homosexual se robaba la película. Y para la Martita era un martirio. ¡Cámbiala!, le advertía de repente. Mientras tanto, Inés movía la cabeza de un lado para otro picando perejil. Se angustiaba pensando en su Pedrito. Sabía que su niño era especial.

Los días pasaban veloces, y no dejaban a Pedro inventar la mejor manera de confesarse con su abuela. Estaba aterrado. La Martita se hizo cargo de él y su hermana menor desde que murieron sus padres. Pedro siente que le debe todo. Estar en una silla de ruedas, ya le parecía suficiente castigo para su cuidadora. Su transexualidad solo ayudaría a que lo vieran como una carga mucho más fatigosa, pensaba. Ya tenía casi dieciocho años, y la asexualidad parecía su compañera de ruta por antonomasia. Lo veía en los ojos del mundo. Ese que lo veía siempre como un niño

eterno. Probablemente nadie lo imaginaba en un encuentro íntimo, menos queriendo cambiar de género. Un transgénero en silla de ruedas les parecía el guion de alguna película independiente. Pero era más real que cualquier cosa. Una persona en silla de ruedas tiene derecho a vivir en plenitud su identidad, se repetía. Pero aunque en su mente sonaba racional, la plenitud parecía una completa locura. Caía en un abismo. Y no llevaba a ningún país de las maravillas, precisamente.

A quince días de su cumpleaños, Pedro tiene una oscura lucha interna. ¿En qué momento se le complicaron tanto las cosas? Ya había aceptado vivir en una silla de ruedas toda la vida. Con lo difícil que es hacerlo en Santiago. Pero ser transgénero, — como definió su condición leyendo en internet— era un castigo más severo aún, pensaba. Porque él no podría decidir un día irse de la casa. No es lo mismo tener las piernas funcionando y aventurarse a buscar nuevos rumbos, que necesitar constantemente la ayuda de quienes te quieren, *aunque heterosexual y bien portado, de preferencia.*

Llegó su cumpleaños, y él figuraba en la habitación vestido con ropa de hombre. Esa que le preparó Inés con un poco de culpa. Irían dos amigas que tiene del colegio, esas que lo defendían de las burlas, y unos familiares más bien lejanos. Lo esperaban en el *living*. La Martita lo fue a buscar, porque la Inés, que había ido hace un rato, aún no volvía con él.

La Inés nunca llora, es terca para sacar los lagrimones. Pero esa tarde bajó los brazos, y casi se muere de la pena. Ya para cuando comenzó la teleserie de las ocho, Pedro se había tomado el frasco completo de tranquilizantes de su abuela. Se había ido a probar suerte como Cristina allá en el cielo. La vida estaba muy difícil para ella aquí en Santiago.